

EL TRANSIBERIANO

He sido mozo de las Vacas, he bailado a la Virgen sudando a reventar, me he levantado a las 7 para tirar cohetes, he sido tamborilero aprendiz y luego maestro de tamborileros para la Semana Santa, he llevado con orgullo el estandarte de la cofradía con el medallón colgando del pecho... en fin, lo he sido todo en el barrio, tengo un historial para presumir. Entonces va y me toca la lotería primitiva y nos volvemos locos en casa porque hay dinero a espuestas. Hago una comida para toda la familia y los vecinos, solo de chuletones, jamón y langostinos. Dejo la carnicería, me compro un chalet en Las Hervencias, como los ricos, al José Carlos le regalo un Audi para que se sepa quién es, me hago con una mansión en Benalmádena, que siempre ha sido el mejor lugar del mundo para mi y le digo que por supuesto a mi mujer, cuando me propone hacer un viaje en el Transiberiano, que por lo visto era un sueño desde pequeña porque lo vio en la televisión. Lo que hiciera falta. Había que vivir, coño, que son dos días. Nos vamos al viaje y en plena Siberia, los dos solos sin hablar ni palabra de ruso, va y se me lía primero con el revisor del tren una noche que me quedé dormido después de cenar como un campeón. Y luego, a los pocos días, con el maquinista, al que debió filtrarle información el revisor. Me pasa por inocente y por no saber idiomas. Yo siempre le decía en las procesiones: «Ponte buena minifalda, que te vean jamona con esos muslos y se pongan cachondos, así saben lo que tengo para mi solo». Esa noche en el Transiberiano se la puso, casi se le veían las bragas. Lo malo es que se ha enamorado. Me pide la mitad y se queda para siempre con el maquinista en el Transiberiano... ¿Para esto sirve ser millonario? ¡Maldito dinero y maldita en la hora hombre!

(Publicado en AvilaPluma. Microrrelatos. Avila.2013)